

palacios señoriales entregados á las llamas, los archivos y los pergaminos reducidos á cenizas — «las escrituras malditas que en todas partes hacen deudores y oprimidos»¹ —, todos esos hechos locales fueron olvidados en la amplitud del movimiento de que fueron á la vez el prefacio y uno de los principales factores. Y estos movimientos económicos no cesaron lo más mínimo al aproximarse la reunión de los Estados Generales — como lo atestigua el saqueo de las casas Reveillon y Henriot en 27 y 28 de Abril en París —, ni durante los años que siguieron; puede citarse también la rebelión tardía de los campesinos del cantón de Vaud, en 1802, los *Bourla-Papey*, Quema-Papeles, que al grito de «Paz á los hombres, guerra á los papeles», hicieron hogueras de montones de papel y tomaron posesión de las tierras disputadas².

Esta Jacquería obró sin tregua y constituyó una especie de base á las brillantes variaciones que ejecutaban en París las fuerzas que se hallaban en pugna; fué indudablemente influida por los acontecimientos de la capital, pero no es posible la explicación de éstos más que conociendo el apoyo que le prestaban las masas populares en los campos.

En cuanto á la parte que tomó en provincias la burguesía francesa, todavía inconsciente de lo que la diferenciaba del pueblo³, en la obra preparatoria de la Revolución, se concentró en dos puntos vitales, Rennes y Grenoble. Esas capitales pertenecían á unas comarcas que eran las que menos sufrían los efectos de la centralización despótica del reino⁴, y conservaban de ese modo una especie de virginidad. En virtud de las tradiciones hereditarias y de los convenios especiales estipulados con la monarquía, cada provincia se distinguía de las demás por algún rasgo de sus instituciones: así fué como Bretaña, fidelísima á su pasado, tenía todavía un parlamento que no era una simple asamblea de lacayos y de escribas, sino un cuerpo deliberante, tan orgulloso de sus prerrogativas como si el antiguo ducado fuera todavía un país libre y la unión con el reino limítrofe hubiera sido puramente voluntaria, resultando que cuando

¹ Citado por Taine, *Les Origines de la France Contemporaine*.

² Eug. Mottaz, *Les Bourla-Papey et la révolution Vaudoise*.

³ Michel Bakounine, *Nota manuscrita*.

⁴ Michelet, *Histoire de France*, vol. XVII, p. 419.

la corte rompió la resistencia del parlamento de París, vió levantarse en rebeldía el parlamento de Rennes, y fué preciso poner sitio á su palacio, detener á los manifestantes, enviando algunos á la Bastilla, á pesar de sus privilegios aristocráticos.

Lo ocurrido en Grenoble fué más grave: allí el parlamento tenía el pueblo consigo, y aquel pueblo tomó la iniciativa de la resistencia. El Delfinado no tenía, como Bretaña, el recuerdo de la independencia política, tenía algo que valía más: la práctica de las libertades positivas. Las regiones altas de la provincia, próximas á las nieves, que sólo comunican con los valles bajos por sendas difíciles, fueron abandonadas á sí mismas por administradores indolentes; se gobernaban como repúblicas autónomas, según sus costumbres, y se repartían el impuesto, siempre pagado escrupulosamente, aunque sin las condiciones exigidas por el capricho real. De ahí surgió un espíritu de digna resolución y de voluntad tenaz, del que participaban hasta los parlamentarios, á pesar de haberse pervertido por la práctica del embrollo.

Cuando llegó á Grenoble la orden de destierro de aquellos magistrados, la ciudad se sublevó en su honor. Aunque contrariando algo á los mismos interesados, se les acompañó en procesión triunfal, acentuando las manifestaciones de triunfo las mujeres del pueblo, que primeramente cubrieron su tránsito de flores, y después, amenazando con palos, se volvieron contra la tropa, abofetearon á los jefes, rodearon á los soldados, los inmovilizaron, los dispersaron, se apoderaron de las puertas de la ciudad y tocaron á rebato para llamar á los campesinos de las inmediaciones. Aquello era una revolución: las órdenes de la corte fueron formalmente desobedecidas, y los delegados de los tres órdenes se reunieron por su plena iniciativa en el palacio de Vizille, inmediato á la tumultuosa Romanche (21 de Julio de 1788). Sintiendo representantes de Francia y no solamente del Delfinado, decidieron, en una larga sesión de veinte horas, que en lo sucesivo no se pagarían ya los impuestos á la simple demanda del rey, sino solamente por la voluntad del pueblo transmitida por los Estados Generales. De todas partes tenían los ojos fijos sobre los diputados delfineses y se les excitaba á la lucha; los soldados no osaban atacarles, unos porque eran del pueblo, otros

porque, ante el poder de la opinión pública, no sabían ya quiénes eran los verdaderos amos. Los diputados se dispersaron, pero la convocatoria de los Estados había quedado inevitable, y hasta con preponderancia del Tercero, es decir, de la burguesía francesa.

Precisamente un ministerio de combate, de pura violencia, el de Lomenie de Brienne, presentado por la reina como la expresión directa de su voluntad, fué el que, impulsado por la fuerza de las cosas, hubo de convocar los Estados, subordinando positivamente el rey á la nación. Este hombre provocativo despidió á los nobles para manifestar en qué desprecio tenía todo lo que no estaba sujeto á la domesticidad del rey, y luego, como por alarde, ofendió en su amor propio á todos aquellos pobres parlamentos de París y de provincias, que apenas pedían más que las apariencias exteriores en el respeto de sus antiguos privilegios. Por último, como por mofa de la representación nacional, instituyó un «tribunal pleno», compuesto de príncipes de la sangre y de los cortesanos inmediatos. A pesar de todo, cuando la caja se halló vacía, completamente vacía, fué necesario que Brienne se retirara y sometiese al rey á la humillación de llamar nuevamente á Necker, su enemigo personal, quien comenzó por sostener desdeñosamente el reino de Francia con su propia fortuna y con su crédito. Los Estados Generales iban á reunirse. La burguesía había triunfado: la nobleza, el clero y el rey pasaban á segundo término.

El movimiento de las elecciones tomó un carácter de grandeza épica, debido, no sólo á la importancia de los acontecimientos, sino también á los peligros inmediatos de la situación: Francia tenía hambre. El frío del invierno y la mala cosecha del año anterior habían triplicado la miseria; la mortalidad, agravada en muchos puntos por los motines, había aumentado extraordinariamente, y, á pesar de tantos males, el pueblo permanecía sostenido por la esperanza en tiempos nuevos y mejores. El voto, recogido en cada provincia según sus diferentes costumbres, fué casi universal, á excepción de París, ciudad siempre tratada inicuaamente, donde el ejercicio del sufragio estaba sujeto á condiciones de censo. En provincias votaron todos, á excepción de los domésticos: unos cinco millones de hombres, hecho único en la historia del mundo, tomaron parte en la

gran consulta nacional, y los delegados partieron para Versalles llevando los «cuadernos» en que se consignaban las quejas, los votos, los acuerdos y las esperanzas del pueblo. Aunque muy moderados en la forma, los cuadernos del Tercero eran unánimes en sus reivindicaciones de justicia y de igualdad, pero atestiguaban una fe monárquica muy sincera, afectuosa y respetuosa; se mostraban también



LA TOMA DE LA BASTILLA

De una estampa de la época.

poseídos de veneración por el cristianismo bajo su forma católica, y, si reclamaban la libertad de conciencia, no pedían la libertad de cultos¹. En cuanto á los nobles y á los sacerdotes, procuraban también disminuir la carga que había de pesar sobre su propia casta y echarla sobre la casta rival. Los nobles pedían la abolición de los diezmos, el cierre de los conventos y la venta parcial de los bienes eclesiásticos. El clero, por su parte, pedía la supresión de los privilegios del noble y, á cambio de una parte de sus tierras,

¹ Ch. L. Chassin, *Génie de la Révolution*.

reclamaba lo que reclama siempre: la educación de la infancia, el alma de las generaciones futuras¹.

Los Estados se reunieron el 5 de Mayo de 1789, fecha grande, considerada históricamente como el principio de una era nueva, la de la dominación burguesa en la Europa occidental. En un principio hubo movimiento sin avance: los órdenes, nobleza, clero y tercero, permaneciendo separados en sus respectivas salas de deliberaciones, sólo se ocuparon, en un lado, de conservar los privilegios, en otro, de suprimirlos; pero la asamblea del Tercero, impulsada por todo el movimiento del siglo, tuvo las grandes iniciativas: se constituyó en «Asamblea nacional» é intimó á los otros dos Estados á unírsele en la sala de las deliberaciones. Los curas, que se sentían pueblo por la pobreza y á quienes irritaba el aislamiento de sus colegas, fueron los primeros en obedecer, en un principio aisladamente los preladados, después en masa. La corte, que todavía poseía la fuerza bruta, se imaginó que tenía también la fuerza moral y que la Asamblea no tendría el valor de reunirse si un piquete de soldados les impedía la entrada, pero ya los representantes del pueblo, por realistas que fueran, se habían convertido en republicanos sin saberlo, y, echados de una sala, se lanzaron á otra, la sala famosa del Juego de pelota, para hacer allí, en un arranque de entusiasmo y por unanimidad, el juramento de «no separarse jamás». El rey en persona vino para ordenar á los diputados que se dispersaran y esperasen su buena voluntad. Y fué entonces cuando Mirabeau lanzó al maestro de ceremonias el famoso apóstrofe: «¡Decid á los que os envían, que nosotros estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no se nos arrancará sino por el poder de las bayonetas!»

París venía ya á sostener la Asamblea, sin cuyo auxilio ésta hubiera probablemente cedido, después de previas prisiones ó matanzas. Se atacó una cárcel para libertar los cautivos, se quemaron las casillas de consumos y se apoderó el pueblo de armas y municiones; los soldados de la guardia francesa, casi todos Parisienses, se mezclaron

¹ Michelet, *Histoire de France*, XVII, ps. 463, 464.

con el pueblo; el regimiento de Chateaufieux, compuesto de Suizos vaudenses de lengua romanda, sintiéndose francés de costumbres y de tendencias, se negó á tirar sobre la multitud; se organizaron las milicias, tanto más ardientes para la lucha, cuanto que estaban rodeadas de tropas extranjeras, Alemanes, Suizos, Croatas, Húngaros, soldadesca cuyo lenguaje ni siquiera se entendía.

Y de repente, á pesar de jefes y consejeros, contra todo buen sentido y arrastrado por una fe ciega, por instinto unánime, el pueblo se precipitó ciegamente contra el bloc enorme de la Bastilla, contra el negro cubo de piedra á cuya sombra la ciudad se agitaba impotente, y la fortaleza, que hubiera podido defenderse por su sola masa, acabó

por abrir sus puertas é hizo caer su puente levadizo, porque sus mismos defensores sintieron que había llegado el gran día: la Bastilla se entregó «por mala conciencia»¹, la voluntad colectiva de París le había hipnotizado.

La rendición de la Bastilla fué un acontecimiento capital que hizo temblar á los reyes, entusiasmó á los pueblos y tomó un sentido



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

DE LAUNAY

gobernador de la Bastilla, conducido al Hotel de Ville, donde no llegó con vida.

¹ Michelet, *Histoire de la Révolution Française*, I, p. 203, edición de 1877.

simbólico universal, cuyo efecto dura todavía; pero si en momentos desesperados es muy bello arriesgarlo todo por la causa que se ama, ¡cuán funesta ha sido la ilusión, nacida de la toma triunfante de la Bastilla, de que el entusiasmo popular basta para realizar lo imposible! No, las multitudes desordenadas, provistas de piedras y de armas halladas á la casualidad, corren gran peligro de sacrificarse inútilmente ante murallas sólidas, guarnecidas de hombres disciplinados que saben apuntar los cañones. La trompeta de Jericó ya no derriba los muros de las ciudades. Es imprudente embriagarse con palabras, que sólo representan vanas sonoridades. Para combatir, lo más seguro es siempre ser el más fuerte á la vez que el más clarividente: al fervor, al poder de la voluntad conviene unir la ciencia invencible.

Los acontecimientos de París despertaron ciertas poblaciones que habían quedado pasivas por efecto del largo sueño debido á las persecuciones antiguas y á la opresión continua. Hasta los Pirineos, hasta el mar de Gascuña, el pueblo fué sacudido por un gran estremecimiento, anunciador de sucesos temibles. Fué aquél, dicen los contemporáneos, el tiempo del «gran miedo». Acostumbrados á padecer, los campesinos se preparaban en muchos puntos á nuevos sufrimientos, buscando un refugio en los bosques y en las cavernas. Pero el ejemplo de París dió un nuevo ardor á las masas impacientes por sacudir el yugo: cada ciudad de provincias se apoderó de su Bastilla, y las ciudades impulsaron á su vez á los pueblos y las aldeas. El labrador comprendió que disponía de la fuerza, sitió el castillo del señor local, se apoderó de los archivos que le imponían la servidumbre y la talla, quemó los títulos que le despojaban de su bien, cesó de pagar censos y tributos y durante cierto tiempo se convirtió en hombre libre. ¡Desdichado del odioso propietario que hubiese brutalizado á sus siervos durante los tiempos de prosperidad! También le había de tocar el insulto y los malos tratamientos, su palacio sería derruido y él mismo correría peligro de muerte si no huía al extranjero. Porque Francia se organizaba, cada día aprendía el manejo de las armas, y, en esa multitud inmensa que ya sabía atacar y defenderse, los sustentáculos particulares del capricho real y de la nobleza, los regimientos de Alemanes y de Suizos, reclutados á costa de enormes gastos, se perdían como en un mar.

Los diputados de la nobleza residentes en Versalles, en la Asamblea, tomaron las cosas con galante benevolencia. Ya que el pueblo, antes esclavizado, arrojaba al fuego sus archivos, pergaminos y árboles genealógicos y no se sujetaba á las servidumbres personales, ¡los grandes lo sacrificarían todo dignamente! No hay duda que entre ellos algunos comprendieron que la prudencia les aconsejaba separar su causa de la de los nobles emigrados que huían como enemigos y se preparaban á luchar contra Francia; algunos se dejaron llevar por el fausto tradicional del gran señor que juega con las deudas y prodiga el oro como si lo poseyera siempre con exceso; pero otros también, penetrados bajo la epidermis por la filosofía del siglo, comprendían perfectamente que sus antiguos derechos estaban fuera del derecho y constituían una injusticia que ya era tiempo de hacerse perdonar. El alto sentimiento del sacrificio, y la gracia con que se supo realizarlo, hizo de aquella

«noche del 4 de Agosto», en aquel mismo año 89, una fecha inolvidable. Todos estaban conmovidos, sentíanse

dichosos por considerarse iguales, por ver derrumbarse aquellas barreras del feudalismo que habían hecho al hombre enemigo del Hombre. La emulación de justicia y de sacrificio se extendió á las ciudades y á las provincias privilegiadas, que sucesivamente y por aclamación renunciaron á todas las ventajas que la monarquía les



Croquis d'après nature ejecutado por David.

FOULLON, COMISARIO DE LOS VÍVERES

nacido en Saumur en 1717, ahorcado en la lanterna (en un reverbero) en 1789. Su cabeza fué paseada en la punta de una pica con la boca llena de paja.

había concedido para refundirse en la gran unidad francesa. Pudo creerse que en aquella noche de revolución se resumían y se realizaban todas las aspiraciones, todas las esperanzas de las generaciones pasadas.

La reflexión vino, sin embargo, y desde el día siguiente la obra de los «hombres prudentes» tuvo por objeto recoger en detalle lo que había sido abandonado por una entusiasta declaración de principio. Los decretos del 5 al 11 de Agosto notifican que, excepto el diezmo, las servidumbres reales no quedaban suprimidas, pero los campesinos tenían el derecho de redimirse de ellas «si se entendían sobre el precio con sus señores». Y todavía esos decretos, que el rey no sancionó hasta Octubre, no fueron jamás debidamente promulgados. Entretanto continuaba la Jacquería — sólo en Bretaña fueron saqueados veinticinco castillos antes del mes de Marzo de 1790 —, fueron ahorcados campesinos, y hasta Junio de 1792 no se dictó la ley definitiva aboliendo los derechos sin rescate.

La declaración de los «Derechos del hombre» dió cuerpo al conjunto de las reformas votadas por aclamación; pero leyes nuevas, decretos y ordenanzas vinieron rápidamente á probar que verdaderamente muy poca cosa se había logrado cambiar del antiguo régimen.

La gran diversidad de origen, de apariencia, de costumbres y hasta de lengua que existía en la nación francesa explica en parte cómo los representantes venidos de todas las provincias se sintieron impulsados á fundar la unidad nacional, no sobre un pretendido lazo de sangre ni sobre una fraternidad tradicional, sino sobre el derecho humano. Las fórmulas que sirvieron de base á la constitución del pueblo francés hubieran convenido perfectamente á la creación de una república que abarcara la humanidad entera¹. En efecto, el movimiento del pensamiento tomó durante el siglo XVIII un carácter universal: excediendo con mucho los límites de Francia y del tiempo presente, se extendió al conjunto de los países y de los tiempos; con frecuencia la atención de los historiadores se fijaba más sobre los actos de Federico II, sobre el funcionamiento de la

¹ Jacques de Boisjolin, *Des Peuples de la France*, p. 9.

constitución inglesa, sobre la guerra de independencia de las colonias americanas, que sobre los negocios interiores de Francia; se presentaban como ejemplo las costumbres del pueblo chino, se interesaban por los negros de Santo Domingo ó por los insulares de la Oceanía. Por una especie de floración natural la Asamblea nacional proclamó los derechos del Francés, apoyándolos sobre la piedra angular del derecho de

todos los hombres. Los legisladores se engañaron sin duda, puesto que, según la concepción masónica de la época, buscaron fuera del hombre, en un Ser supremo, el garante de la moral humana: tomaron su punto de apoyo fuera de la conciencia individual, que, aunque vacilante, no por eso deja de ser el gran resorte de toda obra sincera: considerando al hombre como un eterno menor, como un súbdito, quisieron guiarle



Retrato por Isabey.

EL GUEN DE KERANGAL

nacido en Landivisiau en 1746. Primer noble que en la noche del 4 de Agosto renunció á sus privilegios.

por leyes, emanación de la voluntad divina de la cual eran los intérpretes. Como quiera que sea, los derechos del hombre, que proclamaron bajo la presión de la opinión soberana que al fin encontraba unos heraldos, representan bien el hecho capital de la historia desde los orígenes de la humanidad hasta nuestros días. Por primera vez una nación se declara solidaria de todas las naciones del mundo, de todas las razas, en nombre del derecho que posee cada hombre de ir en busca de la felicidad.

En aquella gran época, la más bella que haya atravesado aún la humanidad, el ideal de los más altos filósofos que emitieron el

pensamiento humano en toda su belleza pareció hallarse á punto de realizarse. En Mayo de 1790, cuando la discusión sobre el derecho del poder ejecutivo de declarar la guerra, Volney propuso á la Asamblea que «considerara á la universalidad del género humano como formando una sola y misma sociedad cuyo objeto es la paz y la felicidad de todos y de cada uno de sus miembros; que en esta gran sociedad general, los pueblos... considerados como individuos, gozan de los mismos derechos naturales y están sometidos á las mismas reglas de justicia que los individuos de las sociedades particulares y secundarias; que, por consiguiente, ningún pueblo tiene el derecho de invadir la propiedad de otro pueblo ni de privarle de la libertad ni de sus ventajas naturales». De ese modo todo el globo terrestre, en el pensamiento de los innovadores, quedaba ya enlazado por el mismo derecho de gentes. La federación de los hombres se constituía con la idea de la felicidad universal.

Semejante felicidad se consideraba de realización posible por la elaboración de «leyes justas» y por su igual aplicación á todos los ciudadanos. Se comprende fácilmente la pasión ferviente que se apoderó de los Franceses de aquella época respecto de la Ley, reverenciada simbólicamente como una diosa, como la que había de substituir á la arbitrariedad, reemplazando al capricho real multiplicado por los infinitos caprichos de los subordinados que, desde el amo hasta el último lacayo, caía sobre los desgraciados en una cascada de brutalidades, de injusticias y de crímenes. Hasta por definición, la ley, representada por una balanza, sería absolutamente justa, igual para todos, y esta seguridad bastaba á los desgraciados que tanto habían sufrido por la iniquidad de los juicios formulados en nombre del rey. Imaginábanse que, en lo sucesivo, la justicia impersonal se extendería sobre la nación, luminosa y bienhechora para todos como los rayos del sol. No sabían que la monarquía, convirtiéndose en poliarquía, no dejaba de ser un reinado: tantos hombres privilegiados por la posesión de un poder, otros tantos reyezuelos que discuten, sancionan y aplican las leyes en su beneficio. La ley fué siempre la que impuso el más fuerte.

Armada por el poder del pueblo del derecho de fabricar leyes, la Asamblea nacional renovó las ligaduras de Francia para ponerla

á los pies del gobierno fuerte, del cual había de ser la única consejera. Pero la nación vivía ya con vida propia y se organizaba espontáneamente para defenderse contra la vuelta ofensiva de los señores, contra el fisco, contra las gentes de negocios y contra los peligros que suscita el miedo.

De pueblo á pueblo se asociaban los campesinos, se agrupaban en federaciones con las ciudades; y de provincia á provincia, pasando por los antiguos límites, se hacían las alianzas: con idénticos intereses, el mismo amor á la paz, afanosos por las cosechas próximas y orgullosos por la libertad conquistada, los ciudadanos se reconocían y se abrazaban como hermanos, olvidando que en otro tiempo sus padres se habían odiado mutuamente. Como era natural, las uniones de amistad se formaban principalmente entre municipios y países cuyos habitantes estaban ya unidos por las costumbres, la facilidad de las comunicaciones y las ventajas recíprocas del



Gabinete de las Estampas.

VOLNEY

nacido en Craon en 1757, muerto en 1820.

cambio, y, desde este punto de vista, sería muy útil estudiar la repartición de los grupos en células primitivas que se constituyeron de ese modo con espontaneidad perfecta en toda Francia; pero en aquella gran época se sentía atracción mutua, no sólo por efecto de las semejanzas, sino también por los contrastes: complaciáanse en unirse los de la llanura con los de la montaña y los de la viña con los del bosque, porque todos querían conocerse y fraternizar en un mismo sentimiento de heroísmo y de bondad. Todos habían llegado á ser mejores: aquellos fueron los días más dichosos que vió Francia, los únicos en su historia. La nación se había exaltado por el entusiasmo á

una altura superior á sí misma, hasta el amor de todos los hombres.

La unificación de Francia, antes recortada en Estados feudales diferentes que la mano real ataba en un solo haz, se realizaba, pues, de una manera espontánea. Hubiera bastado dejar hacer para que el conjunto de la nación llegara á ser verdaderamente «uno», aunque con la diversidad normal de todos los grupos naturales constituidos para el trazado y la construcción de los caminos, para la demanda de las subsistencias y otros intereses comunes. En cierto modo Francia tenía ya sus cantones, sus distritos y sus departamentos antes que Sieyès concibiese el proyecto de división formal, que Roberto de Vaugondy trazase el mapa y que Thouret lo hiciese votar por la Asamblea; ésta, deseosa de establecer su propio poder, para regular la percepción de los impuestos, las atribuciones y la jerarquía de los funcionarios y la subordinación de los municipios al Estado, no se dejó influir por los votos de las poblaciones, y procedió brutalmente á la división del reino, obedeciendo á la preocupación de hacer las partes de dimensiones iguales.

Hasta fué convenido en un principio que cada uno de los 80 ú 81 (9 por 9) departamentos sería dividido en nueve distritos, divididos á su vez en nueve cantones. Es indudable que la naturaleza de las cosas, independientemente de la voluntad de los legisladores, exigía la supresión de las antiguas divisiones históricas, feudales, administrativas, clericales, militares, fiscales ó aduaneras, que frecuentemente debían su creación á un capricho y que se habían conservado siempre sin la menor atención á la voluntad de las poblaciones interesadas: provincias políticas, generalidades rentísticas, intendencias civiles, diócesis eclesiásticas, gobiernos del ejército, bailías ó senescalías judiciales, recursos parlamentarios, país de derecho romano y de derecho consuetudinario, de gabelas y de rescate, de ayudas y de favor, de concordato y de obediencia¹, todo eso debía desaparecer necesariamente, librar á Francia de su inextricable red de fronteras entremezcladas — y lo que de ello queda todavía sólo puede conservarse de una manera artificial —; pero los límites de departamentos, distritos y cantones no son menos artificiales en la mayor

¹ Louis Blanc, *Histoire de la Révolution française*, II, p. 402; — Edmond y Jules de Goncourt, *Histoire de la Société Française pendant la Révolution*, p. 393.

parte de sus contornos, y se borrarán también, no sin haber producido el resultado funesto de romper muchas comunicaciones naturales y entorpecer de mil maneras el movimiento espontáneo de las poblaciones.

Verdad es que una división natural en «país» hubiese dado al mapa de Francia un aspecto muy irregular; la superficie de los



Cl. P. Sellier.

LOS CABALLEROS DE SAN LUIS ENTREGANDO SUS INSIGNIAS DISTINTIVAS,
LO MISMO QUE LOS AGUADORES

diversos elementos yuxtapuestos hubiese variado fácilmente del simple al décuplo: las afinidades electivas difieren en todas las regiones según la naturaleza y las producciones del suelo, el desarrollo moral é intelectual de las poblaciones y la circulación general de la vida. Además, los progresos de la civilización y el aumento de las facilidades en las relaciones de vecindad, en la ausencia de una autoridad central, no hubiesen dejado de suprimir todas esas divisiones parcialmente facticias. En la época en que fueron trazadas las líneas administrativas de reparto, se necesitaban semanas para que el vaivén de las órdenes y de las respuestas pudiera hacerse entre la cabeza y las extremidades del gran cuerpo; ayer se empleaban horas, hoy

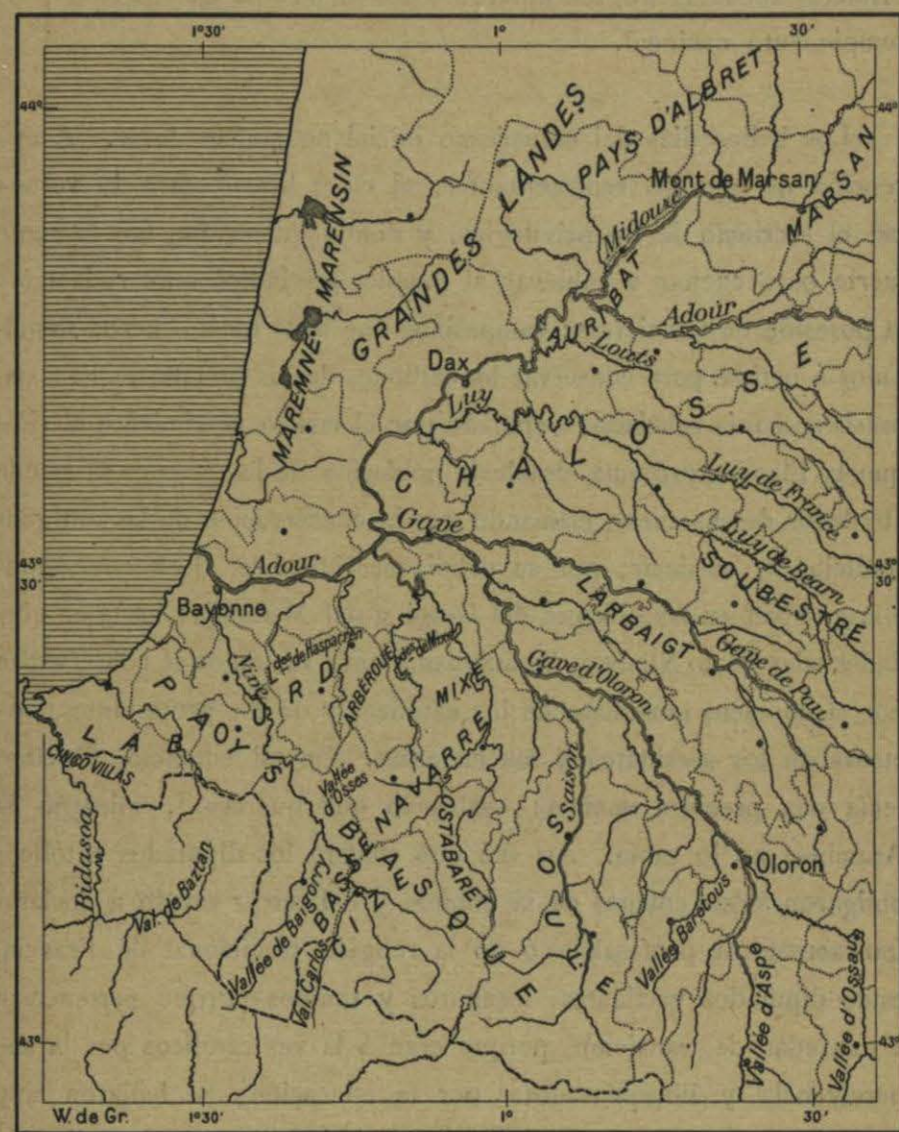
algunos minutos bastan. Es, pues, un verdadero contrasentido querer que se fije por líneas inmutables una historia que se modifica y se transforma siempre.

La nueva distribución administrativa de Francia había de llevar á los legisladores de las diversas asambleas á discutir con pasión las teorías contradictorias relativas á la organización política del reino, federalismo ó centralización. Esa fué precisamente la cuestión planteada por las colonias americanas después de su victoria común sobre las fuerzas británicas; pero la solución no podía ser la misma en las dos comarcas, puesto que las tradiciones históricas y las condiciones presentes diferían en ambas partes. En Francia triunfaron los centralizadores intransigentes, la patria fué declarada «una é indivisible», en el sentido de que las mismas leyes y las mismas formas de administración habían de aplicarse á las poblaciones más opuestas por el origen, las costumbres y los precedentes: en todas partes, al pie de los Pirineos y de los Alpes como en los Ardennes y en Bretaña, los ciudadanos — ó por mejor decir los súbditos — habían de conformarse con las órdenes venidas del centro. Evidentemente la unidad artificial que se quería fundar de ese modo estaba en discordancia con el movimiento de la historia, con el ritmo de la Tierra, y además sólo triunfó en apariencia, porque, según los medios, las leyes se aplican siempre diferentemente.

En 1791, un diputado de la Asamblea constituyente, Achard de Bonvouloir, protestó contra la absurda unificación de las leyes, declarando que la «mayoría de los anteriormente Normandos entendía conservar su costumbre», y abogaba por una «variedad de leyes y de reglamentos en relación con los hábitos y costumbres de cada provincia». Pero el fanatismo de la autoridad, falseando el sentido de la expresión «igualdad entre los hombres», quiso ignorar obstinadamente las tradiciones locales, las costumbres hereditarias que consideraban los indígenas como una parte de su existencia, y el nivel igualitario fué adoptado como símbolo de la Revolución. Hubo provincia que ganó con ello, pero otras perdieron, especialmente los «valles», es decir, las pequeñas repúblicas pirenaicas, que las murallas naturales de sus montañas habían defendido siempre contra el capricho de los señores, y que, en lo sucesivo, abiertas por la

construcción de caminos, la roturación de los bosques y sobre todo por el engrandecimiento del horizonte intelectual y moral, habían de

N.º 429. País y Cantones del País Vasco y del Bearn.



1: 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

En los límites del mapa apenas hay más que los países de los altos valles cuya unidad haya sido respetada por la división en cantón.

Los puntos negros indican el lugar de las cabezas de cantón.

participar de la vida general de la gran nación que les abrazaba en su extenso territorio. Así fué como las comunidades libres, las «universidades» de los montañeses perdieron la gerencia libre de sus